

FERISI

1

Tumbada boca arriba, con la cabeza apoyada sobre la dura almohada, las manos cruzadas sobre su pecho, Ferisi Tingal contemplaba con desinterés las sombras del techo producidas por la tenue luz rojiza del globo *sek* que brillaba junto a ella. Se giró sobre un costado con un profundo suspiro de hastío. Enfocó sus sorprendentes ojos en las tinieblas que acechaban junto a la puerta. Chasqueó los dedos e hizo que el globo de luz flotara silenciosamente iluminando a su paso cada uno de los rincones de su amplia estancia. Odiaba la oscuridad y le producía un malsano placer poder combatirla tan fácilmente. Sus finos y bien perfilados labios se curvaron en una triunfal sonrisa. *¡Si todo fuera igual de sencillo!*

Se incorporó de un salto. Estaba aburrida de tanta inactividad. Era hora de ejercitarse un poco o su cuerpo terminaría tan agarrotado que se convertiría en un mueble más de la habitación. Volvió a chasquear sus dedos. Esta vez una suave y blanquecina luz ambiental lo inundó todo. Ya no había sombras. El pequeño globo *sek* se desactivó y permaneció flotando sobre el lecho. Se arrodilló junto a su cama y estiró la mano hacia el bulto adosado disimuladamente a los bajos de la misma. Con sumo cuidado, con reverencia incluso, lo colocó en el suelo. Se trataba de su tesoro máspreciado. Lo acarició pasando levemente las yemas de sus largos dedos sobre él. Su tacto era cálido. Todo su cuerpo se estremeció con la placentera sensación.

Para cualquier observador se trataría simplemente de un bloque rectangular tallado en un desconocido material negro azulado, muy ligero, sin adornos, sin fisuras. Y sin embargo... ¡Era mucho más que eso! Ferisi sólo tuvo que introducirse en ese pequeño rincón de su mente donde nadie jamás había penetrado y recordar las palabras. En ese mismo instante se produjo un leve siseo y una finísima línea dorada dibujó sobre el metal lo que se podría considerar la tapa de un estuche. Sonrió. Lo había hecho miles de veces pero una y otra vez seguía embargándole la misma excitación del primer día. Era la llave más increíble jamás creada. Nadie que no fuera ella podría abrir la caja sin destruirla antes.

Levantó la tapa y cogió con delicadeza el objeto que descansaba en su interior. Se trataba de una blanquísima pieza de marfil de atranio, de metro y medio de largo por cinco centímetros de diámetro, decorada con delicadas escenas alusivas a los ritos en honor a la diosa Sekmek. ¡Una auténtica filigrana! Hermosa y delicada. ¡Pero letal! Otro toque de su mente y de los extremos del bastón surgieron dos afiladísimas agujas elaboradas en la misma oscura materia del estuche.

Sopesó el arma y se incorporó lentamente. Comenzó a realizar una especie de complicada danza a lo largo y ancho de la habitación. Controlando siempre la cadencia de los movimientos. Ahora lentos, ahora rápidos. Haciendo girar el bastón hábilmente entre sus manos. Un estoque vigoroso aquí, otro allá, y los enemigos de las sombras eran destruidos para siempre. Era divertido imaginarse combatiendo cuerpo a cuerpo contra los despreciables Xhardios. *¡Puras fantasías!* Ella era una simple estudiante de las Ciencias de los Seres que ni siquiera tendría que conocer los antiguos secretos de los rituales guerreros de Sekmek. Semejante pensamiento la enfureció aún más. Ella no lo había elegido. Era tu pertenencia a uno u otro clan el que determinaba tu futuro. ¡Y el Clan Tingal siempre había dedicado sus esfuerzos al estudio de la vida! Pero ella deseaba algo más. Odiaba las restricciones que la impedían profundizar en otras materias. Sus maniobras se hicieron más violentas. Su respiración se aceleraba con cada una de ellas. Los rituales de Sekmek no

tenían reglas, solamente unos movimientos básicos para comenzar y luego todo dependía de la creatividad e imaginación de cada luchador. Y a ella eso nunca le faltaba.

2

Ferisi, agotada tras la larga sesión de ejercicios se despojó entre jadeos de su traje *ulit*, una prenda que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel. Tan fina y delicada como resistente y absorbente. Ni una sola gota de preciosa humedad escaparía de su cuerpo con él.

Se dirigió hacia el baño. El agua estaba fría y salada, con penetrante olor a algas de *cremertia*, como a ella le gustaba. Era algo esencial para los gribains. Su evolución se había interrumpido en algún punto intermedio entre la tierra y el mar. Era el mar de donde procedían originariamente y su cuerpo aún lo reclamaba. Sus pequeñas agallas a los lados del cuello así lo atestiguaban a pesar de los millones de años transcurridos desde que pusieron un pie sobre tierra firme. Observó sus largos dedos, palmeados ligeramente en su nacimiento. Sus largas uñas, de un blanco irisado, como la madreperla. Tendría que recortarlas un poco o pronto se convertirían en garras. Se sumergió completamente en el líquido elemento. La sensación era siempre maravillosa. Paz, tranquilidad, como si todo lo demás desapareciera. No lo pudo evitar, se dejó llevar. Su mente se zambulló casi sin querer en aquellos senderos que sólo ella transitaba. Aquellos senderos a los que el resto de sus congéneres jamás podrían acceder. Allí se sentía segura... ¡Libre!

Se trataba de un extraño lugar donde la luz era siempre crepuscular. Un gran árbol de variadas y brillantes hojas verdes dominaba el paisaje. Ella siempre se sentaba debajo y contemplaba extasiada la inmensa pradera que se perdía en el horizonte. Un llamativo sendero de doradas baldosas serpenteaba más abajo hasta perderse en las lomas de las colinas cercanas. ¿A dónde conduciría? Nunca tuvo el deseo de saberlo realmente. No le importaba. A ella solo le apetecía permanecer allí sentada, lejos de las interferencias de su pueblo. Era libre del Clan, libre del constante escrutinio de la mente colectiva, libre de La Memoria.

Un profundo dolor la sacó de su trance haciendo que se incorporara bruscamente, con la respiración acelerada y derramando gran cantidad de agua sobre el piso. La llamaban con insistencia. ¿Cuánto tiempo habría permanecido en aquel estado? ¡*Demasiado!*, pensó con disgusto. *Si no tengo cuidado comenzarán a sospechar, me descubrirán y me colocarán un díxy.*

Se dirigió hacia su vestidor. No necesitaba secarse. Su piel absorbía la humedad del cuerpo como sus pulmones el oxígeno del ambiente. Contempló su esbelta figura en el espejo. Su piel, ahora limpia y revitalizada, mostraba un sorprendente color blanco que, al igual que sus uñas, destellaba con exquisitas tonalidades nacaradas bajo la suave luz ambiental. Suspiró profundamente haciendo aletear sus pequeñas agallas. *No soy fea*, se dijo a sí misma con aprobación. Y sin embargo ningún joven gribain había conseguido activar su *ishima* todavía. ¿Por qué? ¿Qué buscaba? ¿Acaso su cuerpo la castigaba por su rebeldía impidiéndola encontrar una pareja con la que compartir su vida?

Una nueva punzada en su mente. Esta vez más dolorosa. Se llevó las manos a la cabeza y se masajeó las sienes para mitigar los pinchazos. No podía retrasarse más. La Memoria les reclamaba a todos para la celebración de un Cónclave. La asistencia era obligatoria. Nadie podía negarse a ello. No asistir se consideraría traición, deslealtad, falta de respeto. Su mente podría ser bloqueada, colocada en un sueño tan profundo que le impidiera viajar entre planos. Eso sería su muerte. Necesitaba su lugar secreto en el que refugiarse. ¿Por qué no soy como los demás? ¿Por qué quiero ser diferente? El resto de sus compañeros funcionaban como un solo ser. ¿Por qué ella no podía? Anhelaba ser libre.